

## AQUELLOS DUROS ANTIGUOS (DE CÁDIZ)

(Extracto adaptado de la RGM, agosto de 1980, autor Francisco Ponce)

Cuántos viajeros hayan visitado Cádiz, si han tenido la oportunidad de recalar por sus calles y plazas en días de Carnaval habrán salido cumplidamente informados de la vida y milagros de los “duros antiguos” esa singular moneda que, como reza la canción “...se encontraba la gente, a la orillita del mar”.

En efecto, la gran mayoría de los moradores de Cádiz y muchos de sus habituales visitantes se hallan tan familiarizados con los “duros antiguos” que los consideran parte integrante del patrimonio de la ciudad, y de igual modo que nadie concibe a Cádiz sin las murallas de Puerta Tierra, sin el monumento a las Cortes o sin la ensenada de La Caleta, pongamos por caso, nadie se la imagina sin sus “duros antiguos”.

Sin embargo, es casi seguro que a no ser por la letra de un popularísimo tanguillo de 1905 que compuso un popular comparsista conocido como el “Tío de la Tiza” con destino al coro carnavalesco “Los Anticuarios” nadie tendría más noticias del feliz acontecimiento de su hallazgo en la playa gaditana.

El día 3 de junio de 1904, en plena campaña de pesca en las proximidades de Torregorda, un trabajador apodado “Malospelos” se hallaba cavando un hoyo para enterrar los desperdicios y despojos derivado de despedazar atunes. Pero tropezó con unos duros de los llamados columnarios o de los dos mundos, los mismos que con el título de pesos fuertes o reales de a 8 circularon por los dominios de los reyes de España y algunos otros países durante el siglo XVIII y parte del XIX. Este hombre se llenó los bolsillos de tan preciada moneda y desapareció sin dar explicaciones.

Cuando sus compañeros, extrañados de su ausencia, fueron a buscarlo, se encontraron con el flamante tesoro y, repitiendo la misma faena, abandonaron el trabajo. La noticia trascendió rápidamente y, a pesar de las medidas del encargado de la almadraba y de las fuerzas de Carabineros de vigilancia en la zona, la población se volcó en “aquellos desérticos parajes” -según versión de la prensa local-, convirtiéndolos en una verdadera feria. La jurisdicción de Marina, que jugaba un papel importante papel en este asunto, autorizó la libre explotación del “yacimiento” y permitió que cada cual hiciera lo que pudiese.

Como resultado se recogieron unas 1500 piezas, fechadas en 1753, 54 y 55, todas acuñadas en la ceca de México. Es de reseñar que estas monedas, que se vendieron por quienes las encontraron a 3 ó 3,50 pesetas cada una, se cotizaban en la época de este artículo (1980) a más de 10.000 de las antiguas pesetas.

Ante ese hallazgo la imaginación popular hizo que cada cual atribuyera el origen al que mejor cuadrara con su particular opinión. Unos supusieron que se trataba de fondos para alguna conspiración política; otros, guiados de su anticlericalismo, vieron en ello las manos de los jesuitas; algunos lo identificaron con algún antiquísimo naufragio, cual el del británico *Defiance*, cerca de Conil, en 1797, y no faltaron los que lo relacionaran con la Guerra de la Independencia y el asedio de las tropas napoleónicas. Hasta se dijo que acaso el maremoto de 1755 tuviera algo que ver con toda esta cuestión. Pero la fantasía popular, sin embargo, tan dada a lo espectacular y a lo romántico, se inclinó desde el primer momento por suponer que se hallaba en presencia del tesoro de algún barco pirata.

En una conferencia impartida en los 80 por una autoridad local en materia de numismática, se adelantaba la hipótesis de que pudieran proceder de algún navío de la Carrera de Indias que, hacia 1755, no fue capaz de alcanzar la bahía de Cádiz por causas ignoradas, naufragando en las playas próximas.

En el Archivo General de Indias, existen numerosos legajos conteniendo libros de efectos a bordo, manifiestos y relaciones de carga correspondientes a las expediciones de navíos de la Carrera de Indias en los años de vida de la Casa de Contratación. En estos documentos suele figurar en primer lugar el número de cajones de plata acuñada, expresada en pesos fuertes o reales de a ocho, conducidos por cada nave.

Quizá alguna de estas relaciones generales, hábilmente estudiada, sea capaz de revelarnos el nombre y demás circunstancias del buque que hacía 1755 -sí la hipótesis anterior fuera correcta- no pudo remontar la entrada de la bahía y naufragó en las playas gaditanas.

*Capitán de Navío Eduardo Bernal, IHCN, R5 todo noticias.*

**Resumen:**

Cuántos viajeros hayan visitado Cádiz, si han tenido la oportunidad de recalar por sus calles y plazas en días de Carnaval habrán salido cumplidamente informados de la vida y milagros de los “duros antiguos” esa singular moneda que, como reza la canción “...se encontraba la gente, a la orillita del mar”.